

REVISTA
DE
COSTA RICA

CIENCIAS Y LITERATURA

Año I

ABRIL 1892

Nº 6

SUMARIO

- I—UN AMOR, por Ricardo Jiménez.
II—LA AURORA Y LA MAÑANA, *poesía*, por Justo A. Facio.
III—DON ANTONIO JOSE DE IRISARRI, por Pedro Ortiz.
IV—EL VIOLIN ROJO, por Théodoro de Banville.
V—CRONICA, por Rubén Darío.
VI NOTAS.

DIRECTOR PROPIETARIO: JUSTO A. FACIO

SAN JOSE

Tip. del Comercio

CALLE 18. N. N.º 241

REVISTA
DE
COSTA RICA

Literatura y Ciencias

AÑO I

ABRIL, 1892

Nº 6

DIRECTOR PROPIETARIO—JUSTO A. FACIO

SAN JOSE
Tip. del Comercio
CALLE 18, N., N.º 241

Aquello era un rincón de una vega bella
 ya agreste. Desde allí hacia atrás se exten-
 día la pradera primero de un verde eterno
 por la causa de la sombra con que cubrían el
 suelo los innumeros setecillos de la orilla,
 y más allá de un verde cubido con reflejos
 de esmeralda por toda la vasta llanura que
 inmensamente iba subiendo á unirse con
 las cuestas del fondo y por la que se esparcía
 en grupos el ganado manso y dócil,
 que acababa de salir de la orilla
 y como aún no se había secado el fondo
 la luz del sol ponía brillantes reflejos en
 el agua por donde pasaban que vagaban los

U N · A M O R

En esto salió del bosquecillo que orlaba
 la crilla del río y por el que caminaba sobre
 una tierra húmeda y suave á una playuela
 inundada por el río en sus grandes avenidas,
 y que ahora aparecía seca y cubierta de pie-
 dras de todos tamaños, muy limpias y lucien-
 tes, y en su conjunto, de un tono gris de he-
 liotropo. Hacia el medio, muy cercano del
 agua, se hallaba un tronco depositado allí por
 la fuerza de alguna creciente y envuelto, por
 la combinada acción del tiempo y la humedad,
 en un musgo que semejaba terciopelo admi-
 rable. En él, como en un sofá, estaba senta-
 da Paulina, en tanto que su compañera, la
 hijita menor de los amos de aquel valle, se
 entretenía recogiendo piedrecillas en la playa.

Aquello era un rincón de una rara belleza agreste. Desde allí, hacia atrás, se extendía la pradera, primero de un verde atenuado, á causa de la sombra con que cubrían el césped los inmensos sotacaballos de la orilla, y más allá, de un verde subido, con reflejos de esmeralda, por toda la vasta llanura, que insensiblemente iba subiendo á unirse con los cerros del fondo, y por la que se esparcía en grupos el ganado, mugiente y perezoso, que acababa de salir de los corrales de la que-
sera; y como aun no se había secado el rocío, la luz del sol ponía brillantes lentejuelas en el zacate por donde quiera que vagaban los ojos. La casa de la hacienda no se divisaba; apenas una columna de humo, que ascendía coquetamente por el aire, indicaba su sitio. El sol de la mañana daba de lleno en la parte superior de la cordillera en que moría el abra; y los flancos de la montaña, así iluminados, formaban un poderoso contraste con el verde oscuro y sombrío de la selva virgen en la orilla opuesta del río. El humo de las extensas quemas de aquellos días entoldaba el cielo; de cuando en cuando las grandes masas cenicientas dejaban ver por alguna desgarradura, lejanas nubecillas blancas, como nidos de cisnes, y más rara vez, un cielo profundo, de un azul desvanecido. El río se deslizaba

en ondas de cristal. Del lado de la colina inculta, corría como al pie de un muro, todo el almohadillado de musgo; y encima del corte de la roca crecía una vegetación potente, en esa confusión y codeamiento de los hombres en la lucha por la vida. Era aquello tan apretado, tan denso que los árboles, la maleza y los bejucos se fundían en un manto de verdura, en un gigantesco tapiz de gobelinos.

El sol á duras penas lograba pasar por un espacio libre, por una reducida claraboya que se abría en el tupido follaje de uno de los árboles más corpulentos; y relucía en el fondo, sin ofender la vista, como una estrella de oro. Aguas abajo se iba el río por la bóveda, dilatada y umbrosa, de antiquísimos sotacaballos; y en la dirección opuesta, debido á un recodo, parecía que brotara allí cerca, de entre la espesura, y que si uno se aproximara, separando ramas y sin ruido, sorprendería á la Náyade de aquel valle vaciando su ánfora inextinguible. En el recodo, al topar la corriente con la roca, tomaba el agua un aspecto de pecho de pavo real, lo que sin duda había servido para dar á aquel sitio el nombre de Poza-Azul; y luego saliendo de la somnolencia de la poza, acrecentando su correr, pasaba alegremente á los pies de Paulina, con visos verdesos. En el medio,

á semejanza de esas grandes macetas que ornaban ahora los salones, surgía un pedrejón, que el choque de las aguas adornaba con una cenefa de espuma, y sobre el cual plantas diversas, helechos, líquenes, arbustillos y parásitas, vivían aglomeradas.

Allí, en aquel marco exquisito, se destacaba la figura blanca de Paulina. Se entretenía en seguir con la vista un enjambre de mariposas, de alas blancas y amarillas, que giraban junto á ella; y cuando en su revoloteo pasaban de la sombra á la luz le recordaban las bailarinas de los grandes teatros, cuyos vestidos cambian de color instantáneamente, por el juego de luces de entrebastidores.

Él, al sorprenderla en aquel retiro, que parecía haber sido hecho para realzar sus gracias, soberanamente bella, puso a un lado todas sus vacilaciones de la noche anterior de insomnio, y no se acordó ya más de la triste inquietud de su madre, tan opuesta á su excursión campestre á aquella hacienda de sus amigos, y á quien ponía mala la sola idea de sus amores. Como un hielo que se funde, sentía desvanecerse en su memoria aquel desastre de su hogar, cuando él era niño: la ruina de su padre debida á su socio infiel, el padre de Paulina. Cerca de ella,

dentro del hechizo de su influencia física, se esfumaban en su espíritu las líneas de la triste historia que tantas veces había oído contar en su hogar, y que en esos momentos le parecía la historia de una familia extraña.

El padre de Paulina había engañado y arruinado al suyo; y para gozar en paz la fortuna arrebatada á una confianza ciega, intrigó luego contra el amigo íntimo de la víspera hasta obtener, —cosa fácil en esta tierra de violentas é inesperadas conmociones políticas, —su caída del puesto público muy alto que ocupaba y su destierro. En él murió el proscrito, después de una existencia miserable, sin amigos, porque de todos renegó; y murió más que por otra causa, por un inmenso hastío de la vida, y sin otro pesar al irse que el de dejar detrás á su esposa é hijo, únicas anclas que lo sujetaban á este mundo.

Las privaciones de la infancia; los sacrificios de su madre para educarlo, en la esperanza de que él había de encontrar en su patria la reparación que la justicia de las cosas debía á su sangre; el culto paternal en que había sido criado; sus rencores hereditarios; sus deseos de venganza contra el enemigo de su nombre, todavía en el poder, to-

do se hundía, como un barco que hace agua, en su pasión insensata, que él mismo calificaba en sus horas de reflexión de malsana, de monstruosa; todo se ahogaba en un cieno de olvido de sí propio, de envilecimiento, que le penetraba en el corazón, á través del amor, como por una hendidura.

Su ansia amorosa le fingía á Paulina sin lazos de familia, sola en la vida conforme estaba en aquel momento; y sin voluntad propia, al igual de las ramas llevadas por el ímpetu del río, se entregó él á la corriente de su pasión.

—Siéntese U. á mi lado, que hay campo para los dos, le dijo ella, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de tener, toda confusa de hallarse á solas con él. Su pecho agitado subía y bajaba como el agua del pequeño remanso que estaba á sus pies, y que se henchía y vaciaba á compás del oleaje de la corriente. Sus labios entreabiertos descubrían sus dientes húmedos, que brillaban como las piedrecillas de colores vivos que resplandecían entre las arenas del remanso. Sus ojos grises, con puntos negros, salpicados de tinta, —diría uno, —despedían reflejos lo mismo que una hoja que tenían delante, empapada de rocío, sobre la que daba

un rayo de sol, y que temblaba á los besos de la brisa.

¿De qué hablaren? Del asunto que les imponían su corazón y la naturaleza de su redor, indiferente como siempre á nuestras congojas morales y preocupada nada más de que todos los seres se presten á la realización de su fin supremo, la continuidad de la vida. Ellos también obedecieron al impulso interno que agitaba á las aves que trinaban enamoradas junto á ellos; á las volubles mariposas; á los abejorros que luchaban á su presencia, encarnizados sin duda por la posesión de una hembra; al impulso que agitaba hasta á las hermosas parásitas que se abrían sobre sus cabezas, en las ramas vecinas de dos árboles, y que para acariciarse tenían que esperar, consumidas de deseo, que el viento juntara las flexibles ramas en que vivían. Ellos también se contagiaron del mal de amor que los circundaba.

Dos aves acuáticas, pequeñas, de colores reales de quetzal, con collar y pecho blancos, iban y venían por el río, rasando las aguas con las alas; se posaron de pronto en un bejuco extendido en forma de columpio, como á consultarse á dónde comprender el vuelo, y luego se alejaron unidas, armoniosamente, con gritos embriagados, cada

vez más distantes, hasta perderse río abajo, entre las espumas de las rompientes.

—¿Por qué no nos vamos así por la vida?, murmuró él á su oído.

—Por nuestro pecado original, contestó ella quedamente, y bajó sus largas pestañas que le oscurecían las mejillas, como esas sombras que ve uno, en ciertos días clarísimos, correr por el suelo, causadas por alguna nube que acierta á pasar brevemente bajo el sol que irradia.

Una bocanada de viento intentó llevarle el sombrero. Levantó ambos brazos para sujetarlo mejor con el alfiler de cabeza, en el nudo espeso de sus cabellos; y resaltó entonces, en todo su valor, la turgencia ideal de su pecho.

Con un atrevimiento de que nunca se hubiera creído capaz, aturdido por el palpitante violento de su sangre, en pleno vértigo, rodeó con el brazo su talle diminuto é inclinó la cabeza hacia ella; y ella, vencida, amorosa, enajenada, levantó su lindo rostro de virgen á recibir el beso que sentía venir y... que no vino. La muchachita que la acompañaba, llegó á toda carrera, muy asustada por una lagartija, á echarse en sus brazos. Una ola de púrpura inundó su rostro, un momento antes blanco como un mármol grie-

go de diosa. Tomó á su amiga en el regazo y escondiendo la cara en sus rizos de oro, la besaba repetidamente; y después, pasándose-la á Eduardo, le dijo: bésela, bésela; le debe estar agradecido; le ha evitado una mala acción; ella ha sido mi ángel de la guarda. Y él también la besó, ansioso de hallar entre el pelo de la niña los besos de la adolescente, fugitivos é impalpables como la felicidad humana.

RICARDO JIMENEZ.

LA AURORA Y LA MAÑANA

Ya perezosa y envuelta
en su túnica rosada
en el confuso horizonte
asoma la virgen Alba.
Apenas, apenas brilla
su soñolienta mirada,
que en el nocturno ropaje
azules perfiles traza.
De la brumosa colina
sobre las cumbres lejanas
desaliñado y rugoso
el manto sutil arrastra;
y al paso indeciso y breve
que sobre los montes graba
azulá'o polvo en torno
su pie ligerísimo alza.
Ya descende, y de la noche
silenciosa y reposada
tras el capuz vacilante
con misterio se recata,

y festiva de repente
el obscuro velo rasga,
y entre el turbio cortinaje
asoma su faz de maga;
y al brillar de sus pupilas
la claridad sonrosada
la parda sombra flotante
se transparenta y enrala;
ó si gira, sus caricias
repartiendo enamorada,
á cada beso, temblando
la luz en espiras salta;
su recogido plumaje
sacude el ave en la rama,
y ruborosa su frente
la rosa encendida baja;
y la tierra que dormita
en su lecho de esmeralda
estremecida despierta
al contacto de sus plantas.
Al batir en raudos giros
entonces sus leves alas
se cierne por el espacio
polvo luciente de plata;
y de su cándida veste
la más vaporosa gasa
sobre la tierra descoge
en ondas tornasoladas;
infatigable discurre
entre las sombras que aclara
y de cambiantes estelas
la bóveda azul esmalta,
hasta que en la verde loma

dulcemente reclinada
 al bullir de la alegría
 busca rendida la calma.
 Mas ¡ay! cuando de natura
 en el regazo descansa,
 ¿por qué súbito parece
 que moribunda desmaya?
 ¿Por qué desfallece y tiembla
 triste la faz y turbada?
 En ademán de despecho
 inclina la frente pálida
 y en un punto recogida
 la veste seráfica alza,
 que allá vió que del Oriente
 en las puertas nacaradas
 sus rojas cortinas cuelga
 la rubicunda mañana.
 Al tender su vuelo entorces
 la virgen con tristes ansias
 de sus ojos zafirinos
 nítido llanto derrama
 que tiembla sobre las hojas
 en perles aljofaradas.
 Trémula y grave de pronto
 sobre las cumbres se para
 y luego pidiéndolo
 el vuelo otra vez dilata;
 desvanecida y confusa
 oscila su forma vaga
 en el lejano horizonte
 ó apenas la sombra empalía.
 ¡Allá va la fugitiva
 moribunda y cesala!

por esconder su quebranto
trasponiendo la montaña;
acá de la hermosa ninfa
el noble triunfo proclaman
los arrullos y los cantos
que la natura levanta.
Al cruzar el vasto cielo
el manto de oro desata
y, del rey del día heraldo,
su brillante imperio aclama;
ó mil tesoros luciendo
á nuestros ojos, ufana
de palmas y de tisúes
el regio dosel prepara:
tiende al cielo rico palio
y en campo de oro y tumbaga
entretrejidas ostenta
riza las plumas de nácar;
y del pabellón en torno
ondosa cerefa labra
con el crespón de las nubes
que en blondas grises engarza.
¡Cómo brilla! cuál despliega
en cambiantes visos, franjas
opalinas que festonan
vivas orlas argentadae!
Cómo entre la orfebrería
de su fina ur. imbre, saltan
de topacios y rubíes
deslumbradora cascada!
y porque la tierra luzca
más seductora y gallarda
sobre ella la ninfa extiende
su cabellera dorada.

áureo crespón orla y ciñe
á la cúspide más alta,
y azuladas tocas cuelga
á la distante montaña;
mientras que brillante asoma,
llena de fúlgidas galas,
la corte que rompe y guía
del rey vencedor la marcha;
y mil guerreros en ella
dispuestos á la batalla
parecen lucir inquietos
las relumbrantes corazas:
desde la cresta del monte,
firme escabel de sus plantas,
á las sombras fugitivas
sus bruñidos dardos lanzan;
hasta que cerca el gigante
á quien homenaje pagan
sus escuadrones en torno
despliegan y desparraman:
ya surge, ya resplandece
de mil diamantes cuajada
la coruscante diadema
de sus sienas soberanas;
y extendiendo el regio manto,
guarnecido de oro y grana,
lentaente al cenit sube
sobre su plaustro de llamas.

JUSTO A. FACIO.

DON ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI

Al señor Doctor don Antonio Zambrana.

Fray Antonio de Liendo y Goicoechea, Fray Matías Córdoba y el padre Landívar concentran y resumen en Centro América, á principios del siglo, la sabiduría monacal; Larreynaga raya el más alto en la jurisprudencia y en las ciencias físicas; Barberena es el poligloto conocedor de las lenguas madres y de varios idiomas vivos, al par que un botánico erudito; Flores avanza en la ciencia médica más que ninguno, y ensaya la representación en cera de las vísceras del cuerpo humano, aun antes de que se inventara en Italia este procedimiento; Valle campea en las ciencias sociales; Barrundia da la nota de la elocuencia popular; Gálvez es la habilidad

política y administrativa; Goyena es el vate de la poesía doctrinal de las fábulas; Batres representa después la fresca, chispeante y juguetona musa de la sátira; Molina filosofa á modo volteriano; y por último, Milla, el sabroso narrador de cosas viejas y el fiel colorista de las costumbres de su tiempo, cierra la cadena de aquella generación de hombres gloriosos.

Irisarri, posterior á Goicoechea y anterior á Milla, es superior á todos.

Apenas, sin embargo, se conoce entre nosotros vagamente esta gran figura, cuyo perfil se destaca allá en el lejano horizonte, fuera de los linderos patrios.

*
* *

Tengo al frente su retrato.—Fácil es adivinar su alma á la luz de esa mirada profunda, cuyo brillo aumenta el arco negro de sus cejas pobladas; veo dilatarse su pensamiento en la convexidad de su ancha frente; marcarse la energía en las líneas severas de su rostro; veo en sus labios como estereotipado el gesto del orgullo y la distinción de su alcurnia en su digno continente.—A diferencia de otros hombres de ingenio, pero de expresión poco reveladora, que tienen el alma

muy adentro, la cara como cerrada á la penetración del observador, y á quienes hay que sondear, que mover, que estimular, para que salte la chispa, para que despierte y cante el ave dormida, como cuentan que sucedía con Emilio Littré y como acontece hoy con muchos otros. Irisarri era de aquellos espíritus que se manifiestan luminosamente en la fisonomía. ¿Quién no ha tenido esas sorpresas experimentadas al encontrarnos con un personaje famoso, que ansiábamos conocer, y el cual, muy distinto de como nos lo figurábamos, se nos ofrece con un aspecto que no expresa nada singular ó dice muy poco; se esconde bajo modestísima apariencia, habla como en borrador, y nos deja pensando si será otro el que hemos visto al través del libro, al que hemos sentido vibrar en la estrofa, ó hemos admirado en las narraciones heroicas de que fué protagonista ó en las obras de que es autor eminentísimo?

Y por el contrario, hay otros que aparecen tales cuales son. Algo muy característico se asoma al semblante para que se revelen de golpe los tipos que ya estaban esbozados en la imaginación. Irisarri tenía la fisonomía de él mismo; á su presencia se podía exclamar: es él.

*
* *
1

Nació en Guatemala el 7 de febrero de 1786. Pasó ahí su juventud. En 1806 partió á México; después al Perú, y tres años más tarde llegó á Chile. La primera época de su vida nada de particular ofrece. Hasta cuando adopta esa hermosa tierra como patria suya, apenas es el joven afortunado, al cual sonríe el amor de bella y alta dama, y rodea una gran familia, poderosa y noble, «la familia de los ochocientos», como la llamaba el virrey del Perú. Pero no tardó en eclipsar al caballero de corte el pensador y el hombre de estado.

Chile fué sin duda alguna el teatro principal de la fecunda actividad de Irisarri. Ahí se abrió la flor de su ingenio, y ahí se forjó el acero de su carácter. Resonó en los ámbitos chilenos el grito de independendencia, é Irisarri tomó parte en el movimiento de insurrección con ardoroso impulso. Se abrió campo. Desempeñó cumplidamente graves cargos públicos, civiles y militares, de aquellos que lo exigen todo: lealtad, actividad, inteligencia, valor, tacto. El hombre se hizo de merecimientos. Su talla fué creciendo con la revolución. A cada paso ascendía. Hubo al fin un momento en que llegó á la cumbre:

cuando la revolución lo elevó á jefe supremo del Estado. Sus días de mando fueron cortos, ocho apenas, del 7 al 14 de marzo de 1814; pero en este breve término se manifestó en todo su vigor el estadista. El acierto y energía de sus disposiciones comunicaron tal rapidez al movimiento revolucionario y produjeron tan oportunos beneficios, que su administración se cuenta en Chile entre las que han dado más honra y lustre á su historia.

Caído Chile á los pocos meses bajo el dominio de las armas españolas, por la flojedad de una mayoría del consejo revolucionario, que entraba en negociaciones con el enemigo en las más oportunas circunstancias para obtener el triunfo, Irisarri, que se había opuesto tenazmente á esta simulada capitulación, juzgando que sólo los grandes esfuerzos responden del éxito de las grandes causas, y que no debía desmayar la fe de los chilenos ante el primer obstáculo, se vió obligado á abandonar el país; encaminóse á la Argentina, y de allí á Europa, en donde permaneció de 1815 á 1818. Entregado al estudio de los clásicos españoles en el «Museo Británico» de Londres, hallaba como Cicerón, en las letras refugio y solaz contra el recuerdo mortificador de los desastres políticos.

No bien San Martín y O' Higgins libertaron á Chile, Irisarri puso fin á su destierro precisamente cuando el nuevo gobierno nacional le enviaba sus poderes para negociar el reconocimiento de la autonomía patria.

Su regreso á Chile fué triunfal. Su puesto estaba señalado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, del que seis meses después renunció para ir á Buenos Aires y negociar en 1819 el célebre pacto, por el cual la expedición chileno-argentina se pone en marcha y pelea por la emancipación del Perú.

Representa después á Chile en Inglaterra y Francia hasta el año de 1825, y logra levantar el primer empréstito anglo-chileno, por valor de cinco millones de pesos, empréstito por el que «la antigua y pobre colonia de Pedro Valdivia, no admitida aún en las naciones independientes, vió elevarse su crédito más arriba que el crédito de las monarquías más opulentas de Europa.»

*
*
*

Su vuelta á la América Central, en 1825, es casi un eclipse. Se afilia á su bando y resiste desde las columnas de «El Guatemalteco» al partido que entonces encabeza el Ge-

neral Morazán, el cual emprende la reivindicación de las prerrogativas y derechos de los estados federales, y tiende á la supresión de los privilegios nobiliarios que pagaba por conservar el espíritu colonial. La sombra de la reacción lo envuelve; la lucha contra los elementos reformadores lo irrita y ciega. Hierre con la pluma cortante de su sátira, y no le basta; pierde el equilibrio y el raciocinio del combatiente truécase en el fanatismo del energúmeno.

Forma parte del Gabinete de Aycinena, y cae en debilidades lamentables. Montúfar en su «Reseña Histórica» lo acusa de haber firmado un decreto, por el cual se mandaba quemar los libros que no cuadrasen al gusto del Arzobispo Casaus. Este hecho, digno de Omar, á ser cierto de toda certeza, prueba cómo la atmósfera en que se vive, entre la niebla de ambiciones desapoderadas ó políticos odios, empaña el limpio cristal del más sólido criterio. Montúfar lo flagela: así se vengó de Irisarri, quien con insólita soberbia se valió de su criado en cierto día para contestar una publicación en que aquél lo atacaba ásperamente.

Va más allá Irisarri, y cambia la pluma por la espada. Se hace nombrar Comandante de armas en el departamento de los Altos,

dicta medidas violentas, provoca con su rigor una sublevación, y cae preso en manos de los suyos.

Más tarde es en el Salvador prisionero de Morazán. Su energía no se abate, y desde el fondo de la prisión lanza á la publicidad una protesta valentísima contra el héroe de la Trinidad.

En 1830 toma el camino del destierro, y se hace á la vela con rumbo á las costas del Sur.

* * *

Vencido en 1830, llegó á Bolivia á empeñarse en enojosa litis contra los que trataban de apoderarse de los bienes de su casa, y se defiende hábilmente. Vuelve á Chile en seguida y se hace cargo de la intendencia y comandancia general de Colchagua.

En 1837 se le nombra Ministro Plenipotenciario de Chile en el Perú, y comparte con el famoso Almirante don Manuel Blanco Encalada la gloria de celebrar el tratado de paz de Paucarpata, que salva al ejército chileno comprometido en Arequipa.

Por este tratado fué acusado por el Gobierno á la Corte de Justicia. Pero este ingrato proceso fué destruído á golpes de maza por nuestro ilustre personaje, quien agotó

los recursos del abogado. El fallo de aquel Tribunal, que absuelve de toda responsabilidad y cargo á Irisarri y demuestra la injusticia de sus acusadores, fué sin duda alguna uno de sus mejores triunfos.

Pasa al Ecuador en 1838; demora ahí siete años consagrado á tareas literarias. Se dirige á Venezuela en 1847; llega después á Curazao, á Jamaica, á Cuba, á Puerto Rico; y por último, en 1849 emprende viaje á Nueva York.

En 1855 recibe de los gobiernos del Salvador y Nicaragua el nombramiento de Ministro Plenipotenciario en Wáshington. Pero en 1863 deja de representar al Salvador, al saber que esta República se hallaba en guerra con la de Guatemala. Los términos en que fundó su renuncia, aconsejados por la dignidad y el sentimiento patrios, dejaban así mismo traslucir las ideas que animaban al desterrado de 1830, al antiguo campeón, intransigente y fiel á sus tradiciones.

Continuó en el desempeño de la Legación de Nicaragua en los Estados Unidos hasta el 10 de junio de 1868, en que rindió en la ciudad de Brooklyn la última jornada de la vida.

*
*
*

Como se ve, hombre de pensamiento y de acción, su vida fué una lucha constante sostenida en vasto campo. Su genio impetuoso y altivo, su confianza en el propio valer, la rectitud de sus propósitos y la fuerza de sus convicciones profundas, le hicieron á menudo verse empeñado en ardientes lides, de las que siempre salió airoso, merced á las eminentes facultades de su espíritu, entre las cuales descollaba aquella voluntad firme, indomable, casi salvaje, que le daba un singular poder en el ataque ó la defensa, ya estuviese solo en la arena del combate, ya tuviera que cargar contra muchos y bien armados adversarios.

Escritor, filósofo, soldado, estadista, diplomático, siempre se le ve en lo alto, la cabeza erguida, el ojo audaz, el ánimo resuelto, la voluntad templada á fuego.

La adversidad no le abate; roca inmóvil que las olas turbulentas azotan pero no quebrantan, roble corpulento que él vendabal agita, pero no doblega, tal es aquel gran carácter de acerado temple, contra quien nada pudieron ni los odios y calumnias de sus enemigos, ni los vaivenes, altibajos y contrariedades de la suerte.

Era Irisarri carácter de una sola pieza, y una de aquellas raras personalidades que se distinguen por la ecuanimidad de sus talentos, una de aquellas almas prismáticas, que descomponen la luz del ingenio en todos los colores, y tienen irradiaciones, reflejos y visos de diamante.

* * *

Pero en esa lira humana hay una cuerda más sonora. Sobre todo, en Irisarri, está su pluma, de corte cervantino, y su fibra de periodista fecundo é infatigable.

Funda el periodismo en Chile al lado del ilustre Camilo Henríquez. Redacta el «Semanario Republicano» en 1813, «El Duen-de» de Santiago en 1818, «El Censor Americano» en Londres, en 1820, «El Guatemalteco» en 1828, «La Verdad Desnuda», «La Balanza» y «El Correo», de 1839 á 1843, en Guayaquil; «La Concordia» en Quito, «El Respondón» en Pasto, «Nosotros, Orden y Libertad», de 1846 á 1847 en Bogotá y «El Revisor» en Curazao en 1849, periódico que continúa en Nueva York en 1850, y en que combatió al filibusterismo.

Pero no llega hasta aquí el inventario. Hay que agregar su novela de costumbres,

titulada «El Perínclito Epaminondas del Cauca», en la cual caricaturó despiadadamente á varias notabilidades colombianas; la que publicó en 1847 con el mote de «El Cristiano errante», sus «Poesías satíricas y burlescas», varios importantes folletos, entre los que sobresalen «La historia del asesinato perpetrado en la persona del gran Mariscal de Ayacucho», en 1845, «El Empréstito de Chile», «La defensa de los tratados de paz de Paucarpata, »una «Memoria biográfica del Arzobispo bogotano, don Manuel José Mosquera,» sus «Cuestiones crítico literarias», su «Gramática castellana» y por último, el año de 1861 en Nueva York, sus «Cuestiones filológicas», que no pudo terminar, porque la muerte le obligó á soltar la pluma.

Puso el prólogo á la obra de Derecho Internacional, de Andrés Bello, á quien tuvo por compañero en la redacción de «El Censor Americano», cuando este sabio era su secretario en Londres.

De «El Revisor» hay que decir que por su lenguaje nítido y elegante, fué adoptado en los colegios de los Estados Unidos, como texto para la enseñanza del habla castellana.

El lenguaje de Irisarri, es en efecto castizo, correcto y claro, de genuina cepa española; tiene la limpidez del agua cristalina de

puro manantial. Tras el escritor atildado se percibe el hombre de mundo, y bajo su frase gentil palpita la sátira genial de su temperamento. Posee á fondo el idioma, lo domina. Su palabra es elástica, llena de gracia y donaire, tiene aquella firme flexibilidad de la seda.

Si como todo escritor que contempla en su profesión un arte, y sabe sentirlo y cultivarlo, tenía personalidad literaria y estilo propios; ello no impedía, sin embargo, que su fecundidad se desbordara en obras de toda índole, y que tomase la actitud del Juez severo, del razonador tranquilo, del satírico gracioso, del magistral académico y del crítico burlón.

En esa gimnástica de la polémica, Irisarri se ejercitó como hay pocos. Cuéntase que era irresistible: se defendía con singular destreza y atacaba sin tregua, ni pacto, ni descanso. A la intrepidez, á la osadía que se impone, que si acomete por sorpresa desconcierta, y si persiste fatiga, unía el recurso de la oportuna sátira, del ingenioso chiste, que populariza la victoria. Estimulado por el acicate de la contradicción, ó por la rudeza del contrincante, varias veces saltó las trincheras llevado de crueles arrebatos. Olvidaba entonces que la diatriba no es arma acep-

tada en leal combate, desde que sirve al egoísmo y no envuelve una enseñanza; que entre los hombres de pensamiento combatir es enseñar, no siendo por lo tanto la polémica más que el encuentro de dos que buscan la verdad por opuesto camino. Entonces era lo de expresar todo el jugo punzante del *aji*, como él se llamaba por anagrama de las iniciales de su nombre en cierta clase de escritos, en los cuales también usaba el picaresco pseudónimo de «Dionisio Terrasa y Rejón».

La exaltación en la réplica era uno de sus defectos, lo mismo que, como lo afirma Caicedo, el de darse en demasía á las cuestiones gramaticales, aun en asuntos en que cumplía atender al fondo y no á la forma, al cuerpo de la idea, manifestándose en estos casos en mengua propia como insustancial y frívolo cuando en realidad era profundo pensador.

Pocos, muy pocos tan eruditos como él en la América Española. Si no nos traiciona la memoria, recordamos que en «Las Cuestiones filológicas» que dejó incompletas, sólo para tratar del uso de los vocablos *le* y *lo* llena como cien páginas del libro.

Sus últimos años fueron de tenaz estudio; vivía como sumergido en el fondo de su gran biblioteca de autores clásicos, que al

decir del biógrafo venezolano, Don Ramón de Aspurrúa, superaba en mucho á las célebres bibliotecas de George Ticknor, Edwin Rooth y Wáshington Irving.

También escribió versos don Antonio José de Irisarri, pero hay que confesarlo: si su prosa es de oro, sus versos son de cobre. No se elevó á los altos cielos de las grandes inspiraciones poéticas, como su émulo Bello; su musa era una musa juguetona, robusta, casera, regocigada y llena de picardía: nada más. No era el ideal del ensueño, no tenía sublimidades ni trascendencias, ni hondas melancolías, ni orientales atavíos. En sus «Poesías satíricas y burlescas» está caracterizado su estro.

Aun en la edad grave, sin embargo, nuestro ilustre personaje tenía sus arranques de furor pimpleo, dando á luz producciones no siempre felices, aunque siempre sacadas de los mejores moldes de la métrica.

Lo repito, en Irisarri el prosador apagaba al poeta. Ello no es raro; acontece con frecuencia: dícese que Cicerón era mal poeta; Castelar, el más brillante poeta en prosa en España, ha hecho fiasco en el verso.

Y si trasladáramos á aquel insigne hablista del tiempo viejo á la época actual, le hallaríamos capaz de dar vaya y cantaleta á

la Academia de la lengua con Valbuena; de penetrar en las profundidades de la filología y desentrañar las raíces y orígenes del lenguaje con Cuervo; de ensayar la crítica seria de obras monumentales con Merchán; y si del gabinete del bibliógrafo lo separamos, para entrar en las lides de la prensa diaria á que tanto se avenía su temperamento, sería como Zorobabel Rodríguez, ese atleta del diarismo conservador y ultramontano de Chile.

*
* *

Tal es la pálida silueta de aquel hijo de Guatemala y ciudadano de América, quien tenía labor y fatiga en el campo de la diplomacia, de la política y la guerra, y casa en la gran patria del arte.

Tal es la sombra de aquel roble altivo, gallardo y fuerte, al cual, como dice Justo Arteaga Alemparte, hasta la muerte misma tardó ochenta y cuatro años en traer al suelo.

PEDRO ORTIZ.

EL VIOLÍN ROJO

(Traducción de Leonidas Pacheco)

Oh! los lindos violines escarlata, juguete de los niños! cómo resplandecen con su color rojo, sublime en su crudeza, que hace el encanto de las almas todavía puras. ¡Son bonitos y no valen más que un franco! Hasta un poeta puede reunir con qué comprarse uno para alegrar su hogar. Como las flores, como los pulchinelis, como el vino de las tabernas, los pobres violincitos rojos valen poco y proporcionan goces infinitos.

Hace algunos días vi en Bicétre un loco llamado David, el cual tocaba un pequeño violín rojo. De treinta y dos años apenas, grande, esbelto, cabeza de líneas regulares, de admirable tipo, conserva rasgos de gran belleza, pero la mirada está en el cielo. Lar-

go tiempo me detuve contemplando á David, porque yo no podía saciarme de admirar la felicidad que iluminaba su rostro. El sonido apenas perceptible producido por el frotamiento del arco sobre los pedazos de hilo rojo tendidos á guisa de cuerdas, lo sumía en un éxtasis sublime; y yo, bien á punto estaba de verter lágrimas, porque el placer que me proporciona un artista nace sobre todo del que él experimenta.

Quise saber la historia de David. Huérfano, había sido criado por caridad en un colegio, en donde su timidez y su debilidad física le impedían mezclarse en los juegos de los demás alumnos. A las horas de recreación él erraba triste y solo, no sabiendo á quién hacer confidente de su pasión por la libertad, por el campo, por las flores. Un día el hijo del Director del colegio, pequeño monstruo estúpido, á quien David hacía sus temas, recibió en recompensa de sus triunfos una carretada de juguetes, entre los cuales había un violín rojo. Encontrando este juguete indigno de él se lo dió á David, y desde ese momento David tuvo un amigo.

Apenas concluía la clase iba á acurrucarse bajo la escalera del jardín y allí tocaba su violín rojo. Sin duda ya desde entonces, como hoy que está loco él, se imaginaba que

el violín devolvía á sus oídos todo el poema de pasión y de dolor que sus deditos le confiaban. David no tenía madre que lo besara y lo tomara en sus brazos, ni hermano, ni amigo, ni perro; su violín rojo era su familia. Vivió feliz hasta el día en que un obrero, furioso porque había perdido treinta y cinco céntimos al dominó en la misma taberna en donde ese zoquete pasaba sus horas de libertad, rompió de un manotazo el querido violín.

Imaginaos toda la desolación que puede caber en toda el alma.... Solo! Abatido y desesperado hasta el día en que abandonó ese infierno, David no tuvo más que una aspiración: poseer, cuando fuera grande, un violín verdadero, al cual pudiera contar todos los tesoros de amor y de amargura amasados en su pecho. Ese día llegó por fin; y la mano *bienhechora* que lo había puesto en el colegio, lo colocó en casa de una especiera del barrio de Mouffetard. La hija del especiero cantaba música de Schubert en el piano, y el hijo aprendía el violín y hacía morir de convulsiones nerviosas á los gatos de los tejados vecinos. Dejo para el gran novelista del porvenir la empresa de contaros por qué trabajos de negro, por qué sumisión, por qué bellos arranques del alma, por qué locuras, por qué bajezas, por qué sutilezas inocentes

y desesperadas David obtuvo un lugarcito en la amistad del hijo del especiero, y con qué estremecimientos, con qué escalofríos le pidió por fin, temblando, la recompensa de tantos servicios prestados: el favor de tocar el instrumento durante diez minutos.

Pero suponed concluído ese poema innarrable: la seducción del hijo del especiero; David ha conquistado un mundo; todos los días es libre durante media hora, y libre de pasar esta media hora en conversación con el violín. Jamás él se había preguntado quién le enseñaría á tocarlo; ni comprendía siquiera que eso se aprendiese. Su corazón desbordante le hacía sentir que él, por desconocidos medios, haría cantar en ese palo sonoro el inmenso coro de confusas voces de que su alma estaba llena. Tres años vivió en éxtasis, cantando para él solo cantos que no se oirán jamás. Después entró en turno y cayó soldado.

Durante otros tres años, David, obstinado en su ideal, vivió en medio del regimiento como un anacoreta del desierto, entre privaciones inauditas, sin haber bebido jamás una gota de vino ó de aguardiente, pero rejun-tando céntimos. Al cabo de tres años pudo comprar á unos saltimbanquis, en la feria de un villoirio, un píearo violín que él arregló, y

de nuevo volvió á cantar. Si el alma pudiera gritar cuando se siente ahogarse, si ella pudiera describir con sonidos el cielo del cual tiene sed ardiente, si los amores, los ardores y los celos tuvieran voz, se oiría algo parecido á la música que él había creado y que á veces escuchaban con curiosidad los soldados.

Cuando David quedó libre del servicio jamás la idea le vino de que los hombres viven de una profesión. Volvió á París á pie y vivió al fin. Vagaba por las campiñas en el Bosque de Boloña, emborrachándose de sol y de verdura; luego volvía á los Campos Elíseos, se recostaba á un árbol y allí, olvidándose de todo, tocaba su violín durante horas de horas. Bien pocos le arrojaban algunos céntimos, ¿quién comprendía los celestiales acentos de aquel poeta? Esos pocos céntimos le bastaban para pagar su cama y lo que comía aquí y acullá. Bien incapaz habría sido de administrarlos.

Una mendiguilla de los Campos Elíseos, bella de una belleza oculta bajo la costra de la miseria, se enamoró de él. Como él, ella había vivido desde la infancia en la soledad y en el ensueño: ella venía á sentarse al pie del árbol y á escuchar su música. No se supo jamás cómo esos dos seres se hablaron. Al fin ella se fué á vivir con él en sitio en

donde las ratas no hubieran querido hospedarse. Ella adoraba al pobre David, y él, sintiendo un alma que le comprendía, tocaba el violín para ella.

El otoño último la mendiga murió tísica. Muerta ella, David no pensó más en volver á su habitación. También por la noche él se quedaba en los Campos Elíseos cantando á la muerta. Fué preso como vagabundo y los agentes le quitaron su violín. David se volvió loco.

Al entrar á Bicétre volvió á sentir justamente las mismas impresiones dolorosas del colegio. Como temblaba cuando niño entre la soledad de los muros, así tembló entonces. Pidió al médico un violín rojo y el médico permitió que se lo dieran: toca todo el día.

Hoy David está al abrigo de la maldad de los hombres. Nadie le quitará ni le romperá más su violín rojo, al cual él cuenta su amor por su amiga muerta.

Y es feliz.

THÉODORE DE BANVILLE.

CRÓNICA

De los pueblos risueños, del campo bondadoso y saludable, del puerto lleno de bullicio y vida, de dar aire y fuerza á los pulmones, de buscar salud y alegría volvieron las familias emigrantes. San José había quedado triste, sin la mayor parte de sus Josefinas. Hervía el Limón, repoblado, henchido; el dinero se gastaba allá con furia. Era la cana al aire del año. En las mansiones campestres se organizaron jiras y fiestas. Los pájaros joviales, formaban su bullicio sobre las risas de las damas que se divertían. El baño era en los ríos claros, á la luz del sol de la mañana. Las niñas van á la orilla del río, unas á pie, otras á caballo. La que va adelante sonríe á su primo; la que va por último, es rubia, tiene los ojos azules; se detiene de cuando en cuando para hacer un ramillete de flores campestres. El almuerzo en pleno aire es delicioso, cuando en

los rizos de las niñas tiembla el agua en diamantes. Todo el mundo es gracioso. Todo el mundo está contento. Se ríe y se come; se dicen ocurrencias chispeantes. Los hombres, que llegaron de bañarse de más lejos, dan vuelo á la broma. El que tiene camisa de lana gris, corbata pintoresca y sombrero de paño, está mirando á la novia, que lleva el ala de pollo fiambre á la boca roja y pequeña. Tras el aperitivo número 8, resuena una salva de apollinaris. Después, cuando el sol pica, á la casa. Pero lo fino es cuando hay baile, y vienen los vecinos de las quintas cercanas. Entre los adornos de ramas verdes, resaltan los buqués, hechos por manos blancas, en el jardín. Los jóvenes charlan y ríen con las animadas señoritas, y cuando el piano echa á volar el wals, ya están las parejas listas.

En el puerto, frente al Atlántico, todo era andar de aquí á allá, siempre llevando la mano al bolsillo ó á la boca. La Uvita tuvo su jubileo; y la uva el suyo. Por las calles danzaba el negro, á són de marimba. Los hoteles vaciaban las bodegas en las mesas. Las despensas pletóricas quedaron tísicas. Todo era caro. Los trenes volvieron jadeantes, cargados con los viajeros. Por las calles de San José vuelven á dejarse ver las preciosas ausentes.

*
* *
*

La Semana Santa estuvo....;pero Dios mío, si aquí no hay Semana Santa! Se sabe que se está en ella, por la lánguida mirada que da el pescado sobre la fuente, porque no se come carne en la casa, y porque oye uno campanas y no sabe dónde. Es decir, porque no oye las de las iglesias desde el día en que el Cristo muere, hasta aquel en que resucita. Un nicaragua—mi paisano— me dijo entre nostálgico y afligido:—«Hombre ¿te acordás de la Semana Santa de León?» ¡Vaya si me acuerdo! Va el domingo de Ramos el Jesús triunfal, bajo palio lujoso, montado en su asno; el prefecto lleva las bridas. San Benito es el del lunes; todo el día para él, y por la noche todo un pueblo le acompaña en su procesión; sobre diez mil luces de cera negra va la estatua del santo negro. El martes San Pedro llora al rededor de la plaza mayor, frente á la vieja, fuerte y chata catedral. El miércoles San Sebastián recorre las calles, cubierto de flechas, amarrado al árbol del martirio. El jueves, á media noche, al eco de las trompetas, va el Cristo prisionero; después que ha visto la población la urna de oro en donde va el lignum—crucis. El viernes pasa el entierro del Justo; tras él las

caudas sacerdotales, soldados y cañones del Gobierno; en tanto, toca que toca, en la torre de las grandes campanas, se desgonza la matraca. El sábado se canta gloria, se oye en el campanario el bronce, frente al cuartel el cañón, y por todas partes, cohetes, bombas y balazos. El domingo, Jesús resucita, y el lunes ¡todavía otra procesión! se va á los cie los camino de la iglesia del Calvario. «Hombré ¡te acordás de la Semana Santa de León?» Amigo mío, ¿ya ve usted que no se me ha olvidado aún?

Resumen de la que acabamos de ver aquí: unas cuantas tristes procesiones; poco fervor; y la fama de los beefsteacks y aves fritas de los hoteles, en los días en que manda riguroso ayuno la Madre Iglesia Católica.

*
* *

Y á propósito de... cañonazo ¡qué lástima nos da de los que se han quedado ayunos de armonía, de los que no han asistido á los conciertos O'Leary y Mollenhauer! Las graciosas artistas lo son por complexión, por temperamento. Las hadas aquellas de la cuna, que de tan citadas ya no quieren salir de mi tintero, les ofrendaron el precioso dón con

que hoy encantan y entusiasman. Al oírlas, no pude menos que recordar los versos de un poeta, íntimo amigo mío, á quien no he citado nunca:

Va la manita en el teclado,
Como si fuese un lirio alado
Lanzando al aire la canción.....

Hacen cantar el piano. Ese instrumento burgués y amenazador, se convierte por la maravilla de la ejecución, por el talento de esas niñas, en una caja de música divina.

Lo que hay mejor en esas gemelas del arte, es el gusto, un gusto exquisito. Ambas lucen una corona de perlas en la aristocracia de la música. Los grandes maestros de Alemania son sus preferidos. Sus dos almitas adolescentes van arriba, muy arriba! Las habría querido el padre Wagner. De Beyruth viene el viento armonioso que agita la cabellera oscura y espesa de estas costarriqueñas. La una tiene catorce años. La otra tiene quince años.

Y este mes ha sido para los amantes de lo bello. Hemos tenido la dicha de ser visitados por dos maestros, por dos artistas de fama crecida y justa: los violinistas Mollenhauer. Eduardo es un veterano. En la batalla se le ha emblanquecido la cabellera. Guillermo es el hijo, un joven de largos ca-

bellos negros, nervioso, delgado, en el cual se ve la posesión del «deus». Ambos se adueñan de un auditorio; ambos tienen arcos mágicos; sus violines avasalladores tienen el prestigio de lo maravilloso. Sus conciertos fueron triunfos. El público ¡no todos gustan del vino del Rhin! no fué tan numeroso como era de esperarse. La prensa sí cumplió con su deber, les colmó de aplausos, les ofreció su homonaje. Pedro Ortiz, el severo é impecable, se decadentizó al influjo armónico: me dedicó en el *Diario del Comercio*, una lámina de plata, incrustada de finos mosaicos. Le doy de paso las gracias. En conclusión, los Mollenhauer han sabido dejar en Costa Rica bien plantado el árbol de su recuerdo. Cuando querramos gozar con el eco de sus armonías, cortaremos de ese árbol una flor.

*
* *

Una flor no, dos coronas de ciprés quedarán en el fin de esta crónica, á la memoria de dos varones ilustres que acaba de perder Costa Rica.

Por el uno se enlutó la Patria; por el otro la sociedad. El Doctor don José María Castro, es el uno: patricio, padre de la Re-

pública. El otro es don Ernesto Rohromoser, caballero entre los caballeros, noble y generoso corazón, hombre de alma límpida, joya social. Ambos fueron llorados y lamentados. Si Costa Rica tuviera su Pantheón, estarían hoy bajo el glorioso techo, entre fúnebres guirnaldas, silenciosas, benditas, las dos tumbas.

RUBÉN DARÍO.

17 DE MARZO DE 1892.

NOTAS

Debemos á la amabilidad del entendido y laborioso Director de la Tipografía Nacional, Señor don Juan F. Ferraz, el informe que con placer publicamos á continuación.

15 DE MARZO DE 1892.

Dirección de la Imprenta Nacional.
SAN JOSE DE COSTA RICA.

Sr. Director y Propietario de la REVISTA DE COSTA RICA.
S. D.

SEÑOR Y AMIGO:

Habiendo visto que Ud. hace en el n.º 4 de su excelente Repertorio, alusión á tres de las obras que últimamente se han editado ó están en prensa en esta Tipografía Nacional, á saber: *Viaje de exploración al Río Grande de Térraba*, por H. Pittier; *Lenguas indígenas de Centro América en el siglo XVIII*, M. S. del archivo general de Indias, según copia de don León Fernández, obra dada á luz por don Ricardo Fernández G., y precedida de introducción y notas de Juan F. Ferraz, y *Elementos de Historia de Costa Rica*, por Francisco Montero B., me parece deber informarle de que además están en prensa actualmente en este mismo establecimiento las siguientes:

- 1.—*Recopilación legislativa de Instrucción Primaria*, por la Secretaría del ramo;
- 2.—*Anuario Estadístico de 1891*, por la Dirección respectiva;
- 3.—*Colección de tratados de Costa Rica*, por la Secretaría del ramo;

- 4.—*Manual del tiro de cañón*, por A. Romáin;
- 5.—*Anales del Museo Nacional*, 1889-90, por A. Alfaro;
- 6.—*Boletín Meteorológico*, 1890-91, por E. Pittier;
- 7.—*Colección de leyes*, 1891, edición oficial;
- 8.—*Recopilación de leyes de Policía*, parte II, por J. M. Acosta;
- 9.—*Sentencias de la Sala de Casación*, edición oficial;
- 10.—*Programas oficiales de segunda enseñanza*, 6 cuadernos, por F. M. Iglesias;
- 12.—*Índice de los archivos de Ministerios*, por la oficina correspondiente;
- 13.—*Golf de Nicoya*, por E. Fradin;
- 14.—*Nahuatlismos de Costa Rica*, por Juan F. Ferraz.
- 15.—*Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, por C. Gagini;
- 16.—*Anales del Instituto Físico Geográfico Nacional*, 1890-91, por E. Pittier.

De modo que son, con las tres á que U alude, diez y nueve las obras de alguna importancia en que actualmente trabaja esta oficina. Soy de U. muy atto. S. S.

JUAN F. FERRAZ.

—De las obras á que el anterior documento se contrae, una, *Nahuatlismos de Costa Rica*, está ya en manos del público: es un elegante tomo en 4^o, impreso con nitidez, por donde se pone de manifiesto el lugar de su procedencia: la Tipografía Nacional. El señor Ferraz, autor de esa obra, viene á prestar con ella un importante servicio á la lengua de Castilla, esclareciendo el origen de aquellas palabras de fuente nahuatl que han enriquecido nuestro caudal lexicográfico. No podemos nosotros, dentro de los reducidos límites de esta sección, entrar en apreciaciones de detalle acerca de la referida obra, y sólo hemos de concretarnos á decir que ella ha sido ventajosamente juzgada por la prensa de esta capital, y que en abono de su mérito, está la competencia incuestionable del señor Ferraz.

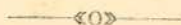
—Ha hecho su aparición también la primera entrega del *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, obra del Señor don Carlos Gagini, profesor del Liceo de Costa Rica. El estudioso Señor Gagini está llevando á efecto una obra de evidente utilidad, en la cual vuelve por los fueros del habla castellana, que los latino-americanos atropellamos con tan poco miramiento de lo

que merece respeto. La dedicación que requiere el conocimiento del lenguaje, para ser con propiedad hablado, es la valla ante la cual se detiene la generalidad de las gentes, y lo que dificulta su aprendizaje; de modo que el libro del joven profesor costarricense viene á resolver, para todos aquellos que, por falta de tiempo ó por cualquier otra causa, no pueden acometer el estudio del idioma, los puntos lexicográficos en que una corruptela deplorable ha comprometido la forma genuina de las palabras ó la recta aplicación de ellas. Gagini merece elogio sincero y entusiasta por el objeto de su libro, y aplauso no menos cordial por el acierto y la lucidez con que lo está llevando á efecto.

J. A. F.

INDICE

	Páginas
I—UN AMOR, por Ricardo Jiménez.....	281
II—LA AURORA Y LA MAÑANA, <i>poesía</i> , por Justo A. Facio	290
III—DON ANTONIO JOSE DE IRISARRI, por Pedro Ortiz	295
IV—EL VIOLIN ROJO, por Théodero de Banville	311
V—CRONICA, por Rubén Darío.....	817
VI—NOTAS.....	324



REVISTA DE COSTA RICA

— 0 —

SALE UNA VEZ AL MES.

CONSTA DE 50 A 64 PAGINAS CADA NUMERO

La suscripción por trimestre vale \$ 1-50
Un número suelto vale „ 0-60

AGENTES:

En Cartago Don Rigoberto Centeno.
> Alajuela > Luis Castaing Alfaro.
> Heredia > Luis R. Flores.
> San José > La Administración.

CALLE 18, N^o 241.—CORREO: APARTADO N^o 403